

El doctorando en Historia y la tesis doctoral: una reflexión sobre la narrativa académica

Giaime PALA

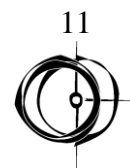
Centro de Estudios sobre Movimientos Sociales-UPF

Cuando el Departamento de Historia Contemporánea de la Universidad Autónoma de Barcelona decidió dedicar sus jornadas doctorales de 2012 al tema “Escribir Historia: tácticas y técnicas”, pensó que sería oportuno combinar la reflexión de historiadores de reconocido prestigio con la de investigadores recién salidos de la etapa doctoral, como es mi caso. Se trataba de ofrecer también un punto de vista más próximo al estudiante de doctorado en forma de testimonio razonado acerca del proceso de escritura de la tesis doctoral*. No tengo, pues, nada nuevo que decir para el lector que haya leído aquel tipo de literatura académica cuya finalidad es explicar “cómo escribir una tesis de licenciatura o de doctorado”. Más modestamente, me propongo formular aquí algunas consideraciones sobre la escritura académica y señalar determinados puntos de carácter práctico que considero importantes para redactar correctamente una tesis.

La tesis doctoral en España

Antes de entrar *in media res*, me parece oportuno dedicar un apartado a la tesis doctoral y al doctorando cuyos, respectivamente, formato y figura han cambiado mucho en los años de la España democrática. Simplificando un poco, se podría decir que, hasta los años ochenta del siglo pasado, la tesis doctoral la realizaba un determinado tipo de persona según un determinado ritmo de trabajo, ambos diferentes de los de la actualidad. Éste era un joven profesor universitario no funcionario, el llamado *Profesor No Numerario* (PNN), que se había incorporado en los Departamentos poco después de haber terminado la licenciatura a raíz de una masificación de los estudios universitarios que obligó a las universidades a aumentar su plantilla de docentes, y que concebía la tesis como un trámite para estabilizar su posición laboral. Este tipo de profesional tenía que compaginar su trabajo de tesis con las clases universitarias y, normalmente, con una militancia política muy activa que le empujaba a involucrarse en otros trabajos de historia con una marcada función política y que solían publicarse en revistas culturales-políticas como *Zona abierta*, *Sistema* o *Serra d’Or*. Es más, si se analizan los currículos científicos de los jóvenes profesores de aquella época se notará que, entre la finalización de la carrera y la discusión de la tesis, muchos de ellos publicaron libros sobre otros temas. De manera que para ellos la tesis era un hecho ineludible pero no acuciante porque, pese a ser mal pagados, no sufrían los efectos de la profunda precarización laboral que caracteriza la labor de los docentes no funcionarios de hoy en día. No es de extrañar, pues, que muchísimos *penenes* de entonces se doctoraran en una franja de

*. Este texto se basa en la ponencia que presenté en mayo de 2012 en las citadas jornadas doctorales del Departamento de Historia Contemporánea de la UAB. Al tratarse de una reflexión personal basada en mi experiencia como doctorando en Historia de la Universidad Pompeu Fabra de Barcelona (años 2002-2010), he preferido no cargarlo con notas al pie y señalar al final algunos de los textos que me fueron de ayuda para redactarlo.



edad que va de los 35 a los 40 años, algo que también tenía que ver con la idea que se tenía entonces de la tesis ortodoxa: una obra muy voluminosa, que llegaba fácilmente a las 1.000 o más páginas.

El hecho es que el plazo de finalización de la tesis fue acortándose conforme finalizó el proceso de masificación de la universidad española. La española de los años noventa era una universidad con un número de estudiantes ya estabilizado y con una masa de profesores todavía joven, por lo que las posibilidades de acceso a la función docente empezaron a disminuir y se asistió a un cambio paulatino en la fisonomía del aspirante a doctor: éste ya no era el PNN o el profesor asociado que quería estabilizar su posición laboral, sino un investigador que hacía su tesis sin trabajar en la universidad y con vista a acceder a un puesto de profesor asociado a partir del cual comenzaría a progresar académicamente. Si, hasta los años ochenta, la tesis daba acceso a una plaza de profesor titular, ya desde los noventa era concebida como el trámite para acceder al escalón más bajo del organigrama académico. Naturalmente, ello implicaba acortarla, porque era extremadamente complicado redactar una disertación de 800 o 1.000 páginas en un plazo de siete u ocho años sin disfrutar de una beca predoctoral. Es por eso que el imponente modelo de tesis del pasado empezó a ser cuestionado por insostenible hasta llegar a proponerse otro mucho más reducido y que no sobrepasara las 350 páginas. En definitiva, una investigación que pudiera ser finalizada en tres o cuatro años por personas que trabajaran fuera de la universidad. Este es el motivo real por el cual la tesis cambió de tamaño, aunque las autoridades académicas se curaron en salud de justificarlo aduciendo criterios de homologación científica con los otros países de nuestro entorno geográfico. En suma, la idea de tesis ideal ha cambiado paralelamente a la evolución sociológica que ha experimentado la figura del doctorando y a las menores oportunidades de trabajo que le ofrecía la universidad.

12

Cierto es que este cambio en el modelo de tesis también tiene un elemento estrictamente ideológico que está llevando las cosas hasta límites paroxísticos: en los últimos años, muchas universidades permiten obtener el grado de doctor en Historia sustituyendo la tesis doctoral por la publicación de tres artículos publicados en revistas indexadas de Historia. Semejante decisión es fruto del descrédito en que han caído las humanidades en una sociedad contemporánea que tiende a privilegiar aquellas disciplinas cuyos resultados científicos tienen una indudable rentabilidad económica (economía, informática, matemáticas, ingeniería, etc.). Aunque el modelo de los tres artículos lleva años aplicándose con éxito en determinadas facultades de ciencias sociales y en todas las de ciencias naturales y exactas de América del Norte por ajustarse al tipo de producción científica que sale de ellas (que no es el libro, sino el *paper* o el artículo en revistas especializadas), no se adapta tan bien a las características de las ciencias humanas, donde el libro aún tiene una función primordial en la dinámica del debate intelectual. Y el hecho de que muchas revistas anden necesitadas de artículos y se vean a veces obligadas a ser indulgentes a la hora de evaluar y seleccionar textos, hace que este modelo de graduación sea más rápido y sencillo. Aún así, pocas dudas pueden haber acerca de que la realización de una tesis aporte mucho más al quehacer historiográfico del doctorando que la escritura de tres artículos, puesto que le ayudará a construir su propio método de investigación, a dominar las fundamentales herramientas de la abstracción-deducción-inducción, a dialogar con disciplinas vecinas y a resistir el desafío de escribir un relato largo y finito, esto es, a iniciar, desarrollar y cerrar definitivamente un tema en un espacio extenso. En una palabra, le enseñará los fundamentos del oficio. El doctorando tiene que ser consciente de que la tesis es una

experiencia que potenciará su capital intelectual y le permitirá navegar con autonomía por el vasto mar de la Historia.

La idea de *escribir bien* para un doctorando

Dicho esto, conviene remarcar que una tesis doctoral es siempre un ejercicio literario, en tanto que codificación escrita de un trabajo de investigación previo que se había basado en la lectura de bibliografía y análisis de las fuentes. Esto vale para todo tipo de científico, pero no vale para todos los científicos en la misma medida: a diferencia de un doctorando en Física, a un doctorando en Historia se le juzga también en función de su capacidad de sistematizar sus ideas y confeccionar un relato lo más pulcro posible. Dicho de otra manera, se le juzga no solo como científico, sino también como autor, entendiendo el término *autor* a la vieja manera: como escritor. El tema es obviamente de gran calado y no es este el lugar para hablar en profundidad de él, pero baste con decir que, en el debate historiográfico internacional de los últimos treinta años, la cuestión de la calidad de la escritura y del encanto narrativo que pueda ofrecer el historiador ha tendido a convertirse en sentido común del gremio. Respecto a hace treinta años, la frase “este/esta historiador/a escribe bien” aparece con mucha más frecuencia en las charlas entre colegas y en las reseñas de libros. O incluso se puede notar esta mayor importancia dada a la escritura en la irrupción de los periodistas en la labor histórica, cuyo rigor epistemológico es a veces más que discutible pero cuyos trabajos son publicados precisamente por la amenidad de su escritura. Una revista de divulgación histórica como la catalana *Sàpiens* hasta prohíbe escribir a los historiadores, quienes han de limitarse a asesorar al periodista de turno para que redacte correctamente las informaciones que aquel le proporciona.

Por lo tanto, se ha impuesto la idea de que un buen trabajo de historia es también un trabajo *bien escrito*. Sin embargo, conviene que nos aclaremos las ideas sobre qué entendemos por *trabajo bien escrito*, o mejor, por “*escribir bien*”. La pregunta no es baladí, ya que se trata de un concepto para nada unívoco: no significa lo mismo “*escribir bien*” para un novelista y un periodista que para un doctorando en Historia. Un novelista que escribe bien es un autor que moldea el lenguaje de tal forma que no solo describe una historia, sino que evoca, sugiere e insinúa sentimientos de forma atildada. En una palabra, que escribe artísticamente con vista a deleitar a sus lectores y a provocar en él reacciones de distintos tipos, de la misma manera en que un periodista que se precie es aquel que sabe conjugar información y escritura cautivadora. Pero el doctorando en Historia no tiene la obligación de deleitar a sus lectores oficiales (que, al fin y al cabo, son su director y los tres miembros del tribunal), ni tampoco de conjugar la información que proporciona con un tipo de escritura seductora. En su caso, escribir bien equivale a escribir de forma clara e inteligible. Puesto que uno de los retos del doctorando es poner negro sobre blanco los conceptos elaborados durante el trabajo de investigación, un desafío aún mayor es el de ponerlos de tal modo que sus lectores académicos los comprendan fácilmente o, como mínimo, no tengan que volver a leerlos más de dos veces a causa de su oscuridad sintáctica y morfológica. En la medida en que un tribunal de tesis lea con agilidad las páginas del candidato a doctor, entenderá mejor su hilo argumentativo y le juzgará con más precisión.

¿Qué implica esto de escribir claro, sencillo e inteligible? Por de pronto, desprenderse de la difusa idea según la cual el rigor de un trabajo científico es directamente proporcional al grado de sofisticación de su escritura. Dicho más sencillamente: que un trabajo de calidad tiene que ser escrito de forma compleja, porque



así lo requiere la Ciencia (con C mayúscula). Esta idea no está extendida en todas partes, sino sobre todo en los países y regiones de lenguas neolatinas (Italia, Francia, España, Cataluña, Galicia, Cerdeña, Rumanía y Portugal) porque era un problema que ya arrastraba el latín en su época clásica. No es ninguna casualidad que estos territorios, y no otros, hayan desarrollado a lo largo de su historia fuertes corrientes literarias conceptistas y herméticas: la tendencia al uso del lenguaje críptico y autorreferencial estaba –y está, aún con menor fuerza– en su código genético. Soy de la opinión de que un doctorando tiene que rechazar la falsa erudición y la idea de aliñar su escritura con adornos que suenen a cultos y complicados para impresionar a sus lectores. La única erudición que tiene que demostrar está en presentar un trabajo en el que demuestre haber aprendido la metodología historiográfica y ser un intelectual serio y competente en su ámbito de estudio. Téngase en cuenta, además, que la mayoría de profesores que forman parte de tribunales de tesis son personas con una larga trayectoria académica, avezadas con la lectura y que normalmente saben discernir el pensamiento real que puede haber en una tesis de la erudición afectada. Por eso, no se insistirá aquí lo suficiente en desaconsejar la idea de intentar imitar el estilo de aquellos autores que, amén de ser grandes historiadores, eran excepcionales prosistas como –por poner unos ejemplos tan diferentes desde un punto de vista geográfico e ideológico– Edward Palmer Thompson, Jaume Vicens Vives, Marc Bloch o Benedetto Croce. Sus maravillosos textos eran más el fruto de un talento innato y difícilmente repetible que de un largo aprendizaje de la escritura científica.

Volver a la gramática y a los diccionarios

Una de las claves para escribir académicamente bien es, por decirlo con la jerga de los historiadores, *volver a las fuentes*, que en este caso son las fuentes lingüísticas de nuestra infancia y adolescencia: los diccionarios y las gramáticas. En cierta manera, hacer esto supone ir a contracorriente de la formación y educación que nos impartieron desde pequeños, caracterizada por un funcionamiento a compartimentos estancos por el cual cada nivel escolar podría ser representado como un cajón que cerramos conforme pasamos a otro. Siguiendo la metáfora, los sistemas educativos público y privado dan a entender a los estudiantes que cierran el cajón de la primaria (con sus contenidos) para abrir el de la secundaria, y cierran el de la secundaria (con sus contenidos) para abrir el cajón universitario porque ya dominan los contenidos de los cajones precedentes. Lo que ocurre con el uso y cultivo de las lenguas en nuestras universidades es sintomático de esta concepción del aprendizaje: salvo en lo que se refiere a facultades como Periodismo o Filología, los estudiantes de grado no retoman el estudio de las lenguas españolas dado que las autoridades académicas consideran suficiente el nivel que aquellos alcanzaron en el Bachillerato. Para constatar lo erróneo de esta visión, bastaría con leer los preocupantes datos que aporta el último informe PISA (2010) sobre la competencia lingüística del alumnado español de secundaria o preguntar a cualquier docente universitario por los errores gramaticales que cometen sus estudiantes en los exámenes. En cualquier caso, si es cierto que estas difusas carencias lingüísticas no representan un grave problema para que el estudiante de grado termine su licenciatura, sí podrían serlo para el doctorando, una figura destinada a hacer investigación y a escribir y publicar durante toda su vida. De manera que el doctorando no solamente es un estudiante de posgrado de Historia, sino que tendría que ser al mismo tiempo un estudiante de sus lenguas de comunicación escrita con vista a mejorar –o sencillamente apuntalar– sus conocimientos lingüísticos.

Ciertamente, volver al estudio de la gramática en edad adulta podría parecer un trabajo desabrido, pero hay muy buenas y ágiles gramáticas en todos los idiomas. Y además, es un trabajo que no tarda en dar frutos en tanto que obliga al estudiante a adentrarse en lo que los psicólogos definen como “el ámbito de la metacognición”, que no es otra cosa que la reflexión interior que uno hace sobre cómo escribir. Hablamos, pues, de un ejercicio intelectual indispensable para un escritor de cualquier tipo y que se vuelve más rápido y seguro en la medida en que se dominan las estructuras del idioma. Pongamos por caso la puntuación, que es el 50% del escribir claro e inteligible porque es el elemento que ordena y da el justo ritmo a nuestros pensamientos. En una tesis hay que poner más de 4.000 comas y 2.000 puntos. Y hay que ponerlos bien: saber cuándo colocar una coma y no un punto y cuándo utilizar un punto y no un punto y coma, porque son elementos diferentes que responden a significados distintos que se imprimen al periodo o a la frase. Todos aquellos que hayan pasado por una corrección de estilo saben que, para muchos autores, las cosas relacionadas con la puntuación no resultan tan claras como deberían ser. Y sin embargo, la puntuación, como cualquier otro aspecto gramatical, está férreamente reglamentada por los gramáticos: cada signo de puntuación tiene una función para cada situación literaria concreta. El margen de error es mínimo si se conocen las reglas de puntuación, que no son muchas y que son más sencillas de lo que comúnmente se cree. La gramática es como un rompecabezas en el que cada pieza tiene su sitio para ver la imagen completa de cualquier lengua. De manera que, cuando hablamos de escritura académica clara y sencilla, hemos de tener presente que el libre albedrío del autor es inversamente proporcional a su nivel de conocimiento de la lengua: cuanto más domina la gramática, menos tendrá que escoger entre opciones alternativas para hacerse entender. Un conocimiento en profundidad del idioma es siempre sinónimo de escritura más rápida, de autoconciencia estilística y claridad expositiva. Se entiende, ahora, el motivo por el cual el tiempo que el doctorando dedique al estudio o repaso de la gramática es una inversión cultural que le permitirá ganar tiempo después, cuando redacte la tesis.

La otra *fente lingüística* que he mencionado al principio de este apartado son los diccionarios, que también tienen que ver con la gramática aunque su objeto de estudio sea una parte bien delimitada de ella: las palabras. Dominando una gramática escribiremos una tesis lingüísticamente correcta, pero dominando el uso de los diccionarios escribiremos una tesis terminológicamente rica y precisa. La precisión y la riqueza de vocabulario son los factores que le permiten al autor construir un relato atractivo y agradecido de leer. Saber qué palabra tenemos que usar para cada momento y cada idea que queremos explicar, y explotar en profundidad nuestra lengua para dar cuenta de un tema, es algo del que no puede olvidarse ningún historiador que quiera gustar a su lector (y, en el caso de un doctorando, que quiera gustar a su tribunal de tesis). Los diccionarios de los que hablo son, obviamente, los de lengua, de sinónimos y antónimos, de dudas, los etimológicos y hasta un diccionario tan olvidado –y sin embargo útil– como el de refranes y frases hechas. Todos son materiales que nos permiten adquirir precisión, variedad léxica y recursos narrativos: en efecto, no es una mala idea insertar a veces un refrán para simplificar una idea complicada o apoyarse en la etimología de una palabra para desarrollar una idea (que es lo que hacen los buenos politólogos cuando se remontan al origen de un vocablo del lenguaje político para presentar una propuesta de actualización). Sobre todo, el doctorando que escriba la tesis en una lengua neolatina tendría que aprovechar la notable riqueza lingüística y los múltiples sinónimos de cada vocablo que nos ofrecen los diccionarios. Y aprender a convertirlos en instrumentos de uso cotidiano para enriquecer y embellecer su escritura.



Un buen escritor académico es siempre un buen lector

16 Aparte del estudio o repaso de la gramática, el objetivo de escribir bien descansa sobre otra premisa tan importante como descuidada: la de que un buen escritor académico es siempre un buen lector. Las dos cosas corren parejas. Y si digo que es una premisa que no se suele tener debidamente en cuenta es porque, en los últimos veinte años y sobre todo a raíz de la aplicación del Plan Bolonia, en los estudios de grado se ha tendido a dejar de lado la lectura de bibliografía científica para privilegiar la lectura de los apuntes tomados de las explicaciones del docente como material para aprobar la asignatura. Por lo tanto, el estudiante se mueve ahora en un registro lingüístico que suele ser la transcripción parcial de la oralidad. De modo que, durante la carrera, un estudiante no solo no cultiva el uso de la lengua, sino que es altamente probable que su competencia lingüística se estanque o baje de nivel. Pues bien, el reto de un doctorando es revertir radicalmente esta situación, retornar a la cultura escrita y volver a pivotar sistemáticamente su práctica intelectual en torno a la lectura. Y no me refiero a la numerosa bibliografía que un doctorando tiene que leer para llevar a cabo su trabajo, sino a un hábito profesional que le tendría que acompañar durante toda la vida. Este hábito influye en el trabajo del historiador en muchos aspectos, pero, en lo que concierne a la escritura, es de capital importancia en tanto que ésta también es un ejercicio de mimesis: aprendemos a escribir académicamente bien o mejoramos nuestra escritura académica también leyendo cómo lo hacen otros y reflexionando sobre cómo otras personas han redactado sus textos de Historia. La ya citada *metacognición* lingüística no se da solo cuando uno escribe, sino cuando estudia cómo los otros autores puntúan, ordenan las frases, cambian de registros (más erudito o más coloquial), etc. Leer y reflexionar sobre uno mismo partiendo de otros, que es lo que enseñan a los estudiantes de Bellas Artes cuando observan los cuadros de un Museo e intentan reproducir algunos trazos de los grandes maestros de la pintura: aquellos estudiantes saben que no podrán reproducirlos tal cual, pero sí son conscientes de estar estudiando las grandes técnicas pictóricas a través de la práctica y haciendo un esfuerzo de clarificación mental que les permitirá ser pintores más autónomos y seguros. Lo mismo tendríamos que hacer nosotros cuando leamos a los historiadores que escriben o escribieron bien en el pasado (de la misma manera que hay autores que escriben mal y que nos resultan útiles porque nos empujan a pensar en alternativas correctas). En definitiva, para un doctorando la lectura debería transformarse en un entrenamiento lingüístico continuado que le ayude a razonar sobre su manera de escribir y explicar la Historia.

Escribir la tesis en el idioma en que el doctorando se encuentre más cómodo

Asimismo, escribir una tesis de forma clara, sencilla e inteligible equivale a escribirla en el idioma en el que el doctorando se encuentre más cómodo; un idioma que no necesariamente es el materno y cuya comodidad va ligada a variados e intransferibles factores relacionados con la personalidad y la educación del autor. Puesto que, como ya he señalado, el juicio sobre una tesis en parte depende de cómo está escrita, no hay que olvidarse de que la calidad literaria también es fruto de la naturalidad estilística de la que hace gala el doctorando en su trabajo. Explicaré mejor lo que quiero decir recurriendo a un ejemplo cercano. Como es sabido, el diario barcelonés *La Vanguardia* acaba de estrenar su edición en lengua catalana, que se puede encontrar todos los días en los quioscos al lado de la versión en castellano. Esta decisión ha resultado ser todo un éxito, en tanto que le ha permitido ocupar una considerable cuota

del mercado de lectores de diarios en catalán y porque el castellano de muchas de sus firmas de opinión era uno de los castellanos periodísticos menos agraciados de España. Y si así era es porque estos autores, más que escribir en castellano, se autotraducían de su idioma materno catalán dando vida a un estilo fuertemente catalanizante que no acababa de coincidir con el genio lingüístico de la lengua de Cervantes. Bastaría con cotejar las versiones catalana y castellana del mismo artículo de uno de estos reconocidos periodistas para constatar que su *naturalidad escrita* se vehicula mediante el catalán. Y, aunque sea subconscientemente, el lector lo nota. Hace unos meses hablé con un periodista de este diario, el cual me dijo que, todos los sábados, las ventas de la edición en catalán bajan considerablemente porque los lectores que normalmente leen *La Vanguardia* en catalán ese día quieren leer en su excelente castellano a algunas firmas prestigiosas y muy seguidas (sobre todo, a Gregorio Morán y Manuel Castells). Los quieren leer y saborear en su idioma materno y/o de precisión, porque al hacerlo en catalán sus textos perderían autenticidad. Lo mismo ocurre con otros autores cuyos artículos ganan atractivo si son publicados en lengua catalana.

La autenticidad, la naturalidad, la falta de afectación son elementos que cualquier lector culto, como puede ser un miembro de un tribunal de tesis, nota en la escritura de un autor, sea éste un periodista de renombre, un novelista o un doctorando. Por eso, es recomendable no tener escrúpulos o temores de ningún tipo en el momento de escoger el idioma de la tesis. Más claro todavía: se puede y se debe escribir en castellano sobre Prat de la Riba y en catalán sobre Ortega y Gasset. O en cualquier otra lengua. El único escrúpulo que nos tendríamos que plantear tiene que ver con mejorar nuestro estilo narrativo. Y la elección de la lengua es parte y premisa de este objetivo.

El perfil del historiador

No quisiera acabar este artículo sin un último apunte que trata de escritura y que tiene que ver con el doctorando en tanto que autor. Respecto a hace treinta años, hoy la tesis suele ser la primera investigación que realiza un historiador. Por lo tanto, por muy bien hecha que esté y por muy novedosa que resulte, no deja de ser el trabajo de una persona que se estrena en el oficio y que se presenta ante un tribunal con una larga trayectoria científica que le da la bienvenida oficial en el gremio. Dicha condición de novicios inhibe a muchos doctorandos a la hora de hacer emerger su punto de vista a lo largo de la tesis. Es más, en no pocas ocasiones les empuja a esconderse o esfumar su fisonomía de autor, dejando que los hechos que cuentan y las fuentes que citan tengan casi vida propia y haciendo entender que el historiador, más que crear un relato, se limita a ordenar los materiales que encuentra y a presentarlos correctamente. En suma, hablamos de un temor, por otra parte normal y comprensible, de no parecer modestos ante un tribunal formado por catedráticos de universidad y que se percibe en el uso de determinados recursos estilísticos como el de la primera persona del plural en referencia a uno mismo. Este es un recurso que muchos doctorandos utilizan no tanto como plural mayestático sino, según lo llamaban los antiguos romanos, como *pluralis modestiae*. Porque decir “Nosotros pensamos que...” suena más neutro que “Yo creo que...”, una expresión más nítida y contundente para quien la suscribe. Por el mismo motivo, no faltan los doctorandos que tienden a emplear circunlocuciones de palabras para atenuar la fuerza de sus juicios historiográficos (ejemplos: “Este acontecimiento tendría que verse de esta manera...” o “se puede inferir que...”): formas que normalmente requieren el uso del condicional y casi siempre de sintagmas y adverbios como “puede que”, “es



posible que”, “tal vez”; en definitiva, que le permiten al autor presentar una opinión sin que la haga totalmente suya y de la que pueda desmarcarse en caso de ser criticada.

Sin duda, es poco probable que un doctorando no recurra a fórmulas de este tipo en manuscrito de más de 300 páginas, porque no podrá estar seguro de todo lo que diga en él. Otra cosa es que estas estratagemas estilísticas se conviertan en su único, o predominante, método expositivo. Puesto que un tribunal juzga el trabajo del doctorando en función de su capacidad de interpretar el oficio de historiador, sería justo y acertado que, tras una investigación tan larga y enervante como la tesis, emergiera su personalidad también a la hora de formular una crítica o interpretación de un hecho histórico. La modestia no reside en invisibilizar o diluir el propio perfil de investigador, sino en presentar argumentos con sobriedad y elegancia, en demostrar que se sabe historiar con rigurosidad y, si es preciso, refutando interpretaciones de otros autores con corrección deontológica (es decir, dando cuenta realmente de ellas e impugnándolas con explicaciones sólidas). Es evidente que cada doctorando encontrará su particular manera de hacerlo, pero no hay que olvidar que el del historiador es un trabajo intelectual, y cualquier trabajo intelectual es siempre un trabajo subjetivo. De ahí que el tribunal sabrá valorar la impronta autoral que siempre caracteriza una buena tesis doctoral en Historia.

Un apunte final

En el prólogo a su célebre novela *Mirall trencat* (1974), Mercè Rodoreda explicó su ideal de buena escritura y la manera de alcanzarlo, a saber: “*Escriure bé costa. Per escriure bé entenc dir amb la màxima simplicitat les coses essencials, donar relleu a cada paraula...*”. No es ninguna casualidad que, a la hora de definir este objetivo, la gran escritora barcelonesa antepusiera el cómo al qué, porque no hay buena escritura sin esfuerzo y tesón. En fin, sin un inevitable desgaste físico y mental finalizado, paradójicamente, a dominar un tipo de escritura tersa, sencilla pero precisa y atenta a describir lo esencial de las cosas y los hombres. Ésta es la premisa sobre la que he articulado mi reflexión y que, según mi parecer, tendría que tener presente toda persona que quiera adentrarse en el mundo de las letras impresas, incluido un doctorando en Historia. Posiblemente, nunca llegaremos a hacerlo tan bien como lo hizo Rodoreda en sus historias de ficción. Ello no obstante, me parece un objetivo que los historiadores debemos perseguir en nuestra producción científica.

Bibliografía consultada

- Daniel CASSANY, *La cocina de la escritura*, Barcelona, Anagrama, 1995.
- Umberto ECO, *Cómo se hace una Tesis. Técnicas y procedimientos de investigación, estudio y escritura*, Barcelona, Gedisa, 1986.
- Antonio GALLEGO, *Ser doctor. Cómo redactar una tesis doctoral*, Madrid, Fundación Universidad Empresa, 1987.
- Álex GRIJELMO, *La seducción de las palabras*, Madrid, Taurus, 2000.
- Álex GRIJELMO, *El genio del idioma*, Madrid, Taurus, 2004.
- Fernando LÁZARO-CARRETER, *El dardo en la palabra*, Madrid, Galaxia Gutemberg, 1998.
- José Antonio MARINA, *La selva del lenguaje*, Barcelona, Anagrama, 1998.
- Aurora MIGUEL ALONSO, “Aportación al estudio de la literatura gris universitaria. La evolución de la tesis doctoral en España”, en José LÓPEZ YEPES (coord.), *Teoría, historia y metodología de las Ciencias de la Documentación (1975-2000)*, Madrid, Universidad Complutense de Madrid, 2000, pp. 431-438.
- Estrella MONTOLÍO, *Manual de escritura académica*, Barcelona, Ariel, 1999.
- ORGANISATION FOR ECONOMIC CO-OPERATION AND DEVELOPMENT (OECD), *Pisa 2009 Results: What Students Know and Can Do. Student Performance in Reading, Mathematics and Science*, OECD, 2010, documento consultable en <<http://www.oecd.org/pisa/pisaproducts/48852548.pdf>>.
- Mercè RODOREDÀ, *Mirall trencat*, Barcelona, Club Editor, 1974.
- Sebastià SERRANO, *Signes, llengua i cultura*, Barcelona, Edicions 62, 2001.
- William K. STOREY, *Writing History: a Guide for Students*, Oxford, OUP, 2003.
- VV.AA., *Actividades para la escritura académica*, Madrid, Edinumen, 2009.

